

23

NOVELA FOX

Una cana
al aire
Nancy Carroll



25
CTS

La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 18551

Año II N.º 23

CHICKEN A LA KING

1928

UNA CANA AL AIRE

Divertida comedia, interpretada por

Nancy Carroll, Ford Sterling, Arthur Stone,
George Meeker, Frances Lee,
Carol Holloway

SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

UNA CANA AL AIRE

Argumento de la Película

El matrimonio es como un "menú" en francés... Muchos creen pedir "pollo a la Reina"... y lo que obtienen es un cocido... y una indigestión.

Horacio Trundle era un riquísimo fabricante que llevaba veinte años de casado.

La tacañería era su principal defecto.

Su esposa era la feliz Felicia, una mujer insignificante, de esas a las que se puede aplicar la frase castiza: "Ni chicha ni limoná."

No es que Horacio estuviese descontento de su cara mitad, pues le salía muy barata a causa de la modestia con que vestía y de la falta absoluta de perfumes y chismes de tocador.

La pobre era tan feílla, que de buena gana Horacio se hubiera desmandado alguna vez, buscando mujeres más llamativas e interesantes.

Aquel día era el de las bodas de plata de los cónyuges. Felicia le regaló a su marido una cartera de piel con esta tarjeta de felicitación:

"Para mi amado Horacio.

"Con mi eterna gratitud por haberme hecho feliz durante los veinte años de nuestra vida matrimonial.

Felicia."

—Con la tarjeta hubiera bastado, hija mía— dijo Horacio, ligeramente disgustado por aquel gasto.

—Hemos sido siempre muy felices, Horacio, esposo mío...

—¡Lo sé... lo sé!... Pero no nos pongamos sentimentales... Ya somos demasiado viejos para eso...

A la hora de comer llegaron muchas cartas de felicitación. Había también un telegrama para Felicia, que decía:

"Llegaré hoy para pasar unos días con vosotros.

"Tu hermano,

Oscar."

—¡No quiero ver a Oscar por aquí! ¡Es un desvergonzado! ¡Un hombre que vive sin trabajar y que acepta dinero de las mujeres!...— gritó Horacio.

—Y, sin embargo, no es mala persona...

—¡Un granuja!... ¡Y luego, le dan ataques,

durante los cuales grita todo lo que le viene a la cabeza!

Media hora después se presentaba Oscar, hombre de unos cuarenta años, uno de esos tipos frescos, que abundan más que los constipados.

Abrazó a Felicia y saludó con cierta frialdad a su cuñado.

—Lleve usted el equipaje del señorito Oscar a la habitación más soleada de la casa—dijo Felicia a una doncella.

—Hermanita, ponme en otra más obscura—dijo el fresco—. El sol me despierta siempre demasiado temprano... a eso de las once.

Después de haber visto la nueva estancia que le reservaron, Oscar se sentó en compañía de sus hermanos.

Horacio no podía tragar ni en pintura a aquel sujeto, que toda su vida había sido un gandul, sin oficio ni beneficio. ¡Y ahora verse obligado a hospedarle en su propia casa!

—Y qué, ¿estás trabajando?—le preguntó.

—¿Yo?... ¡Estoy por encima de eso!... He perfeccionado un invento que me hará rico e independiente.

—¿De qué se trata?

—Mira...

Le mostró un aparato.

—Precisamente he inventado lo que el mundo entero necesitaba desde hace largos años. ¡Una combinación de pañuelo, espejo y calen-

dario! ¡Algo curiosísimo!

—¡Qué cosa tan ridícula! ¡Digna de ti, sin embargo!

—¡Oh, no me insultes... no... porque!...

Y simulando uno de aquellos ataques, tan oportunos, tan del momento, tiróse al suelo y comenzó a dar extraños gritos:

—¡Mi invento es una plancha! —decía—. ¡Horacio es un avaro... un egoísta!

—¡Perdóname, hijo! ¡Le ha dado un ataque, y ya sabes que no puede menos de decir la verdad!—dijo Felicia.

Horacio estaba indignado ante aquellos insultos, y cuando Oscar volvió en sí le dijo, con voz rencorosa:

—¡Lárgate de aquí! ¡Tu presencia contamina la saludable atmósfera de esta casa!

—¡No quiero!... ¡Es la casa de mi hermana y...!

—Caballero, le he suplicado con toda corrección que se marche. ¿He de verme obligado a llamar a un guardia?—le gritó, pronto a pegarle.

—Eres muy poco amable con un hombre que está a punto de casarse—dijo Oscar.

Su hermana le miró asombrado. Tampoco Horacio pudo ocultar su impresión.

—¿Cómo? ¿Quién es la joven que está dispuesta a cometer semejante locura?—dijo Horacio.

—¡Pues, para que lo sepas! Se considera muy afortunada.

Y le mostró una revista en la que aparecía retratada una mujer. Oscar tapó con una de sus manos la figura y dió a leer a Horacio el nombre de la hermosa:

“Anita Lorrain, del Teatro de la Zarzuela.”

—¡Pero, si he sido yo quien te ha mantenido siempre!—gritó Horacio—. ¿Querrás también que mantenga a tu mujer?

Oscar reía...

—¡Creo mi deber impedir ese matrimonio! Voy a ver a esa joven y la contaré toda la verdad—agregó Horacio con exaltación creciente.

—Soy de la misma opinión—dijo Felicia.

Tras nuevas discusiones, Horacio púsose el abrigo y marchó en dirección al teatro de la Zarzuela.

No quería de ningún modo que Oscar trajese aquel sagrado compromiso.

Cuando los dos hermanos quedaron solos, Oscar estalló en una gran carcajada.

—Lo único que quería era ganar su compasión—explicó—. Ni siquiera conozco a esa muchacha.

—¡Sí que la hemos hecho buena! Pues tienes que alcanzar a Horacio antes de que hable con esa muchacha y se ponga en ridículo.

—¡No... no!...

—¡Hermano, yo te lo mando!... Corre en seguida en su busca.

Y Oscar, arrepentido de su bromita, salió a la calle en busca de su cuñado.

En el teatro de la Zarzuela abundaban las bailarinas guapas. Anita y Mary, dos íntimas amigas, eran de lo más precioso del mundo. Una morena y una rubia que valían, no tino, sino dos Perús.

Tom Roberts, un oficial de la marina y compositor a ratos, estaba hablando, entre bastidores, con las dos bellas muñecas.

—No quiero sino ayudarte, Anita...—decía—. Eres monísima, pero no sabes cantar.

—¡No eres tú quien ha de juzgarnos!—gritó Anita—. ¡Nunca has cerrado la boca el tiempo suficiente para que puedas oír!

Y Anita, que sentía por Tom un amor oculto, le volvió desdenosamente la espalda, y en compañía de su amiga, fué a encerrarse en su camerino.

Horacio llegó al teatro y comenzó a preguntar por la señorita Anita Lorrain.

La vista de las demás bailarinas le estremeció.

ció, haciéndole pensar en épocas de juventud, ya definitivamente liquidadas.

Acercóse a Tom, preguntándole por Anita.

—Yo le conduciré a su camarín—dijo, riéndose, el compositor, al ver la facha algo ridícula de aquel hombre.



—¡No eres tú quien ha de juzgarnos!

Y le hizo pasar por unos corredores, siguiendo los cuales Horacio se encontró otra vez en plena vía pública.

¡Vaya con el guasón! ¿Por quién le había tomado?

Horacio regresó al teatro e indagando entró

por casualidad en el cuartito donde estaban Anita y Mary.

Las dos muchachas contemplaron extrañadas al fabricante.

—¿Qué desea?

—¿Es alguna de ustedes la señorita Anita Lorrain?

—¡Servidora!—dijo la monísima aludida.

Horacio la contempló con gesto de compasión y exclamó:

—¡He creído mi deber moral advertirle del error que comete al casarse con Oscar Barrow!

—¡Oscar Barrow?—dijo Anita, que nunca había oido hablar de aquel hombre.

—¡Sí, su prometido!... ¡Yo soy su único sostén! ¡Y usted no puede casarse con ese hombre!

Anita, sorprendida, alejóse unos pasos y habló en voz baja con Mary. Esta la dijo al oído:

—¡No comprendo de qué se trata! ¡Pero tú vas a seguir siendo la novia de ese Oscar hasta que lo averigüemos!

Y adelantándose hacia Horacio, Mary le dijo:

—¡Con su noticia ha destrozado usted el corazón de una pobre niña! ¡Anita está loca por Oscar!

Anita siguió la broma, pensando que quizá esto pudiera reportarle algún dinero, del que estaban muy necesitadas ambas amigas.

—¡Le amo desesperadamente, ay!—gritó.

—¡Ahora tengo la seguridad de que es menester salvarla de las garras de Oscar! ¡Pobre criatura!—dijo Horacio, conmovido.

Y Anita seguía la farsa.

—¡No puedo renunciar a Oscar! ¡No... no puedo!... ¡No renunciaré!

Horacio extrajo de la cartera un billete, con lo que los ayes de Anita se redoblaron de modo alarmante.

—El dinero no puede curar nunca un corazón herido—dijo—. Sin embargo, un billete de mil dólares es un excelente paliativo. ¡Tómelo usted!

Oscar había llegado al teatro y acababa de entrar en el camarín de Anita.

Escuchó las últimas palabras de Horacio, y como vió que había dinero por medio, se dispuso a intervenir y a ganarse alguna cantidad que necesitaba a lo menos tanto como Anita y Mary.

—¡Anita!—gritó abriendo los brazos—. ¡Soy tu Oscar!

—¡Oscar!—exclamó la muchacha, riéndose al contemplar a aquel hombre cuarentón, que debía ser el de marras.

Pero acuciada por un golpecito de Mary, que veía en todo aquello negocio aprovechable, se echó en brazos del recién venido y le gritó:

—¡Te quiero, Oscar... te quiero! ¡Han querido que me separara de tu amor!

Oscar miró sorprendido a Anita... ¡Diablo!

¿Con qué esta mujer era también una farsante? ¡No estaba mal!

El seguiría la bromita, de la que pensaba obtener también positivas ventajas.

Y mirando a Horacio, le gritó:

—¡Salvaje! ¡Has querido arruinar el amor más grande de mi vida!

Y con disimulo, cogió el billete que había guardado Anita, y se lo quedó entre las manos.

Luego, furioso, salió de la estancia.

Pero Mary, que no tenía nada de tonta y que acababa de ver la maniobra, salió en persecución de Oscar, y en el corredor le impidió el paso y le quitó los mil dólares.

Oscar se los volvió a arrebatar, y porfiaron los dos hasta que se partieron ambos la cantidad, de común acuerdo.

Oscar explicó entonces a Mary toda la bromita inventada por él, y dijo :

—¡No me costaría trabajo aprender a querer a una chica como usted!

—¡Guasón!

—¡Nada de guasa! ¡Si trabajamos juntos, podremos sacarle a ese miserable más de lo que tiene! ¡Es un tío muy tacaño!...

—¡Ya ve usted cómo hemos empezado a hacerlo!—dijo Mary—. ¡Y acepto la apuesta! Exploraremos a ese señor... Mire, Anita y yo vivimos en el hotel San Carlos, habitación número 12... Le llevaremos allá...

—¡Estupendo! ¡Disfrutaría viendo la cara que pone Horacio!

—¡No se preocupe! Arreglaremos con la muchacha del cuarto vecino que le permita a usted asomarse por el ojo de la cerradura.

Quedaron de acuerdo y Oscar se marchó tranquilamente, seguro de haber puesto los primeros jalones a un negocio estupendo. Se partirían las ganancias.

Mary volvió al camarín, donde Horacio estaba hablando con Anita.

El fabricante sentíase enfernecido ante la presencia de aquella muchachita, a la que consideraba víctima de Oscar, y le decía:

—Creo cumplir con mi deber al tomar cierto paternal interés en su carrera... Espero que empleará usted el dinero en algo útil... En tomar lecciones de canto, por ejemplo...

—Sí, “papaito”— contestó ella, asombrada de haber encontrado tan de repente un buen protector.

Le dieron la dirección de su hotel, rogándole que fuera a visitarlas. Y Horacio, para quien aquello tenía cierto sabor de aventura, prometió hacerlo, velando de este modo por la muchacha inocente, que hubiera podido caer en las garras de Oscar.

Pero el papel de "papaíto" es algo semejante a una póliza de seguro... Mientras más viejo, más alta la prima... y mayor el riesgo que se corre.

Horacio dejó a un lado sus facañerías y desde aquel día se convirtió en el protector de las dos muchachas. Y pese a la avaricia en él tan peculiar, daba gustosamente su dinero, acompañando a las muchachas en sus compras y pagando todas las novedades que ellas tenían el capricho de adquirir.

Una tarde fué a verlas al hotel donde vivían. Anita estaba en su habitación y Mary salió a la salita al encuentro del protector.

—¡Anita está loca por usted! ¡Como se le digo!—explicó.

—Pero, ¿es posible?

—No le digo más... Hasta dormida habla de usted... de lo guapo que es... y lo generoso.

Anita salió a su encuentro y le abrazó deliciosamente.

Repitió de afectuosa manera sus demostraciones cariñosas, pues le convenía estar bien con aquel caballero que no reparaba en pagar

Mary corrió al teléfono y llamó a la gerencia del hotel.

—Envíeme en seguida la cuenta de nuestra habitación... y no se olvide de agregarle cincuenta dólares.

Momentos después se presentaba uno de los



... acompañando a las muchachas en sus compras...

criados del hotel con la cuentecita.

—Dice el gerente que, o pagan la cuenta en seguida... o se largan—explicó el mozo, que conocía los trucos de las dos mujeres.

Anita y Mary comenzaron a llorar ante el

viejo Horacio. Y éste, compadecido de aquella situación, no tuvo inconveniente en pagar el importe de la cuenta.

Anita le abrazó con gran cariño.

—No está muy bien que aceptemos el dinero... pero nos vemos en tan apurada situación...—dijo.

—Que no se hable más de ello... ¡Yo pago!

El mozo recibió setenta y cinco dólares por la cuenta... Mary le acompañó hasta el corredor, y ya allí se quedó con los cincuenta dólares de más que habían puesto en la cuenta.

¡No iban mal las cosas, no iban mal!... Aquel comerciante era el ser providencial que ellas necesitaban.

Las dos chicas le invitaron a comer. Horacio, para estar más cómodo, se quitó la americana y el abrigo.

La comida fué substancial.

—Esto es mejor que comer en un restaurante, ¿verdad?—dijo Anita.

—¡Ya lo creo! ¡Y mucho más barato!—exclamó Horacio, que comenzaba a notar que le iban costando caras aquellas hijas espirituales.

¡Si su mujer llegara a enterarse de lo sucedido!

Y, sin embargo... ¡cuán cerca estaba aquel peligro!

Oscar se había instalado en la habitación vecina, que pertenecía a otra corista de teatro, y por el ojo de la cerradura contemplaba lo que

ocurría entre Horacio y sus amigas.

Era preciso estar con ojo avizor, pues él quería repartirse con las muchachas el dinero que le sacaban al fabricante.

La dueña de la habitación le dejaba efectuar aquel espionaje a razón de un dólar por mirada.

Pero como afortunadamente Oscar tenía aún algún dinero de los quinientos dólares obtenidos antes, no se mostraba avaro con la vecina.

Quitóse de la cartera un fajo de billetes para darle algunos dólares a la corista, y en aquel instante apareció en la estancia la propia Felicia, hermana de Oscar y esposa del descarrilado Horacio.

—¡Felicia! — exclamó Oscar asombrado, mientras la corista contemplaba con gran extrañeza a la recién llegada.

—¡Veo que mis sospechas eran fundadas! —dijo Felicia—. Te seguí hasta aquí para confirmarlas.

—¿Qué sospechas?

Pensaba que tenías algún lío de por medio y no me he equivocado. ¡Pobre niña! —añadió, acariciando a la corista—. ¿Cuánto dinero es el que le ha quitado este hombre?

Y señaló el fajo de billetes que Oscar tenía en una mano.

La corista, que también era de las aprovechadas, contestó:

—La suma exacta no la sé... pero era un gran rollo de billetes...

Felicia arrebató a su hermano el dinero y se lo entregó a la corista.

—Parece mentira, Oscar... ¡Aceptando otra vez dinero de las mujeres! ¿Qué diría Horacio si te vieras?

Pero Oscar no estaba para bromas y quería arrebatarle los billetes a la corista, quien puso rápidamente pies en polvorosa.

El negocio había salido redondo y no era cuestión de desperdiciarlo.

Intentaba Oscar disimular su indignación ante su hermana, temeroso de que ésta descubriera lo que ocurría en la otra habitación. Y acababa de perder varios centenares de dólares. ¡Maldita suerte!

—¿Y qué hacías aquí, que mirabas por el ojo de la cerradura? —le dijo Felicia.

—¡Nada!

—¡A ver!

Miró a su vez, y un espectáculo inaudito se presentó a sus ojos.

¡Nada menos que Horacio abrazando a unas mujeres!

Corrió furiosa hacia aquella habitación y comenzó a llamar, dando grandes gritos.

Horacio reconoció la voz de Felicia y, loco de pánico, en mangas de camisa, sin perder tiempo en acabar de vestirse, echó a correr, dirigiéndose a su casa.

¡Le tenía miedo a su mujer! ¡Si llega a descubrirle!

Mary y Anita corrieron a abrir a la desesperada señora y a Oscar.

—¿Dónde está mi marido?—rugió la dama.

—¿Su marido? ¿Quién es?

—¡El hombre que estaba con ustedes hace un momento!

—¿Es posible?

Oscar, ante el temor de que se descubriera todo el pástel, se dispuso a huir; pero viendo la americana, el gabán y el sombrero de su cuñado, los recogió piadosamente y marchó con estas prendas.

Anita decía, entretanto, a Felicia.

—Pues nos aseguró que era soltero; pero ya me parecía, por su conducta, que era el marido de alguien.

Felicia pasó sus ojos furiosos por las abiertas cajas llenas de ropa que Horacio había comprado, y dijo:

—¡Conque las regala con ropas finas, mientras yo me veo en la necesidad de ponerme el mismo vestido más de cinco años!

—¿Cómo?—contestó Mary, que, a pesar de sus travesuras tenía, como su compañera Mary, un gran corazón—. ¿Quiere usted decir que ese viejo no es capaz de gastar un céntimo con usted?

—¡Es tacañísimo!

—Pues, si le parece—dijo Mary—, vamos a

darle una lección. La única forma de curar a un avaro es convertirlo en derrochador.

—¿Y cómo?

—Mi plan es éste. Le haremos comprar cuanto queramos por Anita, que es su especial protegida... y nos lo dividiremos todos por igual...

—¡Admirable!—gritó Felicia—. ¡Y en unas cuantas semanas me resarciré de las privaciones que he sufrido en veinticinco años!

Luego, Anita y Mary contaron a Felicia que Horacio se había presentado a ellas intentando protegerlas y librarlas de Oscar, pero que ninguna de las dos muchachas llevaba mala intención en su amistad con Horacio.

Felicia se convenció y regresó a su casa, donde Horacio, en mangas de camisa, se pasaba de un lado a otro de su habitación.

La mujer quiso disimular y le preguntó, al verle en aquel estado de nerviosidad, qué era lo que le había ocurrido.

En aquel momento apareció Oscar, quien ocultaba en la espalda el abrigo, la americana y el sombrero de su cuñado.

Horacio se acercó a él y le dijo en voz débil:

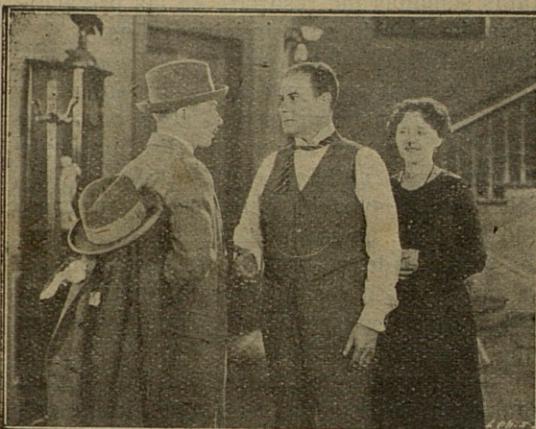
—Por favor, dí que sí a todo lo que yo hablé... No olvides que fuí asaltado en la calle.

Felicia se llegó a ellos y su marido inventó una historia:

—Pues, sí, Feilcia... ¡he pasado una horita!

Regresaba de la oficina, cuando me han asaltado en plena calle... Por fortuna, Oscar consiguió atrapar a los ladrones y ha recuperado mis prendas... ¡Gracias, querido Oscar!...

Oscar estaba asombrado y contemplaba a su hermana. ¿Qué iban a hacer los dos ante aquella sarta de mentiras?



—Por favor, di que sí...

Pero Horacio, tranquilo y jovial, se puso de nuevo la americana...

Ignoraba que su esposa y su cuñado le hubiesen visto, por el ojo de la cerradura, partir con Mary y Anita!

Oscar se alejó y Felicia nada quiso decir contra su marido respecto a la protección que éste dispensaba a las dos coristas.

Felicia se había convenido con ellas y le interesaba que la farsa durase, a fin de sacar alguna ventaja de la repentina generosidad de Horacio, pues aunque Felicia había sido siempre muy feliz con su marido, lamentaba a veces la extrema tacañería de éste.

De quien habló a Horacio fué de Oscar.

—¿No sabes? —le dijo—. ¡Lo he averiguado todo!

Horacio se volvió amarillo.

—¡Sí, todo lo de Oscar!... En el hotel de San Carlos vi cosas muy extrañas. ¡Oscar está sacando de nuevo dinero a las mujeres!

Horacio no entendía una palabra; pero respiró al saber que Felicia había ido al hotel de San Carlos, no para buscarle a él, sino a su hermano.

—Lo que no acierto a comprender —siguió diciendo Felicia— es que haya nadie que pueda darle dinero...

—¡Bah! A lo mejor son preocupaciones tuyas...

Y, contento, porque la tempestad que preveía se había deshecho en un vaso de agua, Horacio se mostró extremadamente amable con su mujer,

* * *

Pasaron unas semanas.

Felicia no perdió el tiempo. Acompañada de Mary y Anita se hizo conducir a un salón de belleza, donde una robusta señora comenzó a hermosearla y a procurar estilizar su línea.

Felicia lo soportó todo heroicamente. Las terribles fricciones, los crueles masajes.

Echada en una mesa pasó largas horas, mientras las masajistas no se cansaban de frotar.

—¡Va usted a quedar tan bella que su propio marido se va a enamorar de usted!—le dijo Mary.

Y tras aquella largísima sesión, vinieron otras, hasta que un día se presentó Felicia en la habitación de Mary y de Anita...

Parecía ya otra mujer. Elegante, de líneas finísimas, y, además, vistiendo a la última moda.

—¡Palabra, Felicia!—le dijo Anita—. Ha quedado usted tan delgada que puede usted sentarse perfectamente en un taburete de piano sin derramarse.

—¡Eso es!—dijo Mary, viéndola moverse con brío—. Las caderas deben mostrarse siempre en “ondulado permanente”.

Otro día Horacio fué a visitar a sus amigas. Estaba contento. Tenía a Felicia de viaje, hacía dos semanas. Ella se encontraba seguramente en una granja agrícola.

Regaló a Anita un soberbio gabán de pieles, y pasó con las dos amigas una deliciosa velada.



... las masajistas no se cansaban de frotar.

Al día siguiente Felicia estuvo a visitar a Mary y a Anita. Admiró el gabán que Horacio había regalado a su preferida, y ésta, quieras que no, se lo entregó a Felicia, como primera indemnización.

—¡Ya caerán nuevas gangas! ¡No lo dude!— le dijo.

—¡El miserable!—gritó la esposa—. Le he hecho ver que me iba fuera durante quince días para dejarle el campo más libre... Pero estoy en una casa de huéspedes, y miren la carta que me envía y que de la granja acaban de transmitirme.

Y leyó:

Amada Felicia:

Te echo horriblemente de menos. Hace dos semanas que paso las noches en casa, oyendo cantar al canario o escuchando la radio. Siento mucho no poderte enviar dinero para que te compres un vestido nuevo, pero los negocios andan mal.

Con el amor de tu

Horacio

—¿Qué les parece? Se necesita osadia, ¿eh? ¡Y a ustedes les regala un abrigo de más de mil dólares!

—Y nosotras a su vez se lo regalamos a usted!... Guárdelo como parte de sus beneficios!... ¡Nosotros ya buscaremos otra cosa!

Felicia se marchó con aquella elegantísima prenda.

Telegrafiaría a su marido, enviando antes el texto a la granja para que lo transmitiesen desde allí. Pensaba regresar súbitamente,

Horacio fué a ver aquella tarde a sus amigas.

Tras las acostumbradas alegrías y algunos besitos que Anita prodigó a su protector, él preguntó:

—¿Dónde está el riquísimo abrigo que te compré?

—¡Ay! ¡Lo perdí en un taxímetro!... Andaba de compras y...

—¿Sabes que me gasté en él los beneficios de un mes?—exclamó seriamente disgustado.

—Eso es lo que se gana por andar en taxímetros—dijo Mary—. ¡Si usted quisiera comprar un automóvil para Anita!

Esto era demasiado pedir. Horacio miró asombrado a las dos mujeres que le costaban demasiado caras y pensó que si seguía protegiéndolas se arruinaría, y hasta Felicia recibiría atisbos de francachela.

—Perdón—dijo—, pero me he de marchar en seguida... Tengo que ir a una conferencia que celebro conmigo mismo.

—¡No se vaya, Horacio!... ¡Yo le amo, le adoro, le idolatro! —dijo Anita, deseosa de obtener el automóvil.

Pero él, rechazándola furioso, exclamó:

—¡Hemos terminado!... Me he interesado demasiado por ustedes... y esto no puede seguir... El apartarme del buen camino me ha costado siete mil dólares. ¡Además, ustedes han hecho de mí un juguete!... ¡A Dios gra-

cias, soy soltero y no quiero nada con las mujeres!—dijo.

—¡Pero, papaito!... ¿Qué es eso?

—¡Qué papaito ni qué ocho cuartos! ¡Adiós!

Y cansado ya de aquella amistad, se dirigió a su casa, dispuesto a no preocuparse más de aquellas muchachas... ¡Demonio!... ¿Es que iban a acabar arruinándole?... Cuentas del hotel, vestidos, abrigos de pieles, automóvil... la Biblia. No. Había que cortar por lo sano.

* * *

Cuando llegó a su casa recibió un telegrama de la granja, anunciando que Felicia llegaba aquella misma noche.

El marido suspiró. Aquellos días de soltero se acababan. Era preciso volver al deber y seguir manteniendo la fidelidad del hogar.

Pero, más tarde, recibió en su despacho la desagradable visita de Anita.

—¡Ay, papaito!—dijo ella, llorosa—. ¡Tiene usted que ayudarnos! Nuestro abogado exige diez mil dólares.

—Pero, ¿de qué?

—Como pago inicial sobre la suma de cien mil dólares que vamos a reclamar de usted por quebrantamiento de promesa matrimonial...

—¿Estás loca? ¿De dónde has sacado que te he dado yo palabra de matrimonio?

Levantóse tan furioso y ciego que estuvo a punto de caerse por la ventana abierta que daba a una altura considerable.

Anita corrió a auxiliarle. Por fortuna llegó en aquel momento Oscar, y entre los dos pudieron recoger a Horacio que tenía ya casi todo el cuerpo en la parte exterior del edificio.

Anita se calzó los guantes y dijo al marchar:

—Se lo advierto seriamente. Esta noche a las ocho traiga usted esos diez mil dólares. Y no lo olvide... ¡El dinero... o sale su nombre en los periódicos!

Cuando Anita salió, Horacio comenzó a despotricar contra aquellas mujeres y contra Oscar, por cuya culpa, dijo él, había trabado relaciones tan peligrosas.

—¡Esto es horrible! ¿Qué podré hacer? —decía—. ¡Si llega a descubrir todo!

—Tengo una idea—dijo Oscar—. Ve a sacar los billetes del banco. Marcaremos los billetes y yo me encargare de llevar allá un detective para arrestar a las muchachas como estafadoras.

—¡Bien!

—Con eso escarmentarán y recobraremos los cuartos!

Una hora después llegaba a la habitación

de Anita y Mary el compositor Tom Roberts. Las dos muchachas estaban comentando el asunto de Horacio. Enmudecieron al ver llegar a su amigo.

—He alcanzado un gran triunfo en la nueva obra—dijo Tom—. Regreso ahora del ensayo. Y yo mismo he arreglado que tú tomes parte en ella, Anita.

Pero de pronto Tom se fijó en el lujo con que la joven vestía y en los detalles que habían convertido aquella estancia de hotel en algo rico y de buen gusto.

—¿Quién ha pagado todo ésto?—gritó—. ¿Aquel tío gordo y calvo que un día en el teatro se interesó por ti?

—¡Vamos, Tom!—dijo Anita, para quien Horacio era simplemente un negocio, y en cambio, a quien ella quería, era al compositor—. El interés de aquel hombre por mí es puramente paternal.

Pero Tom estaba furioso y abriendo la puerta, dijo:

—¡No quiero nada con una muchacha que acepta dinero de los hombres!

Y a pesar de las protestas de inocencia de Anita, abandonó el hotel.

Poco después llegaban al hotel, Horacio y Oscar. Convinieron en que primero entraría Horacio para efectuar la entrega de los billetes.

Oscar jugaba con dos juegos de cartas. Por

una parte no quería estar mal con Horacio, y por otra deseaba repartirse aquellos billetes con las dos muchachas.

Horacio entró furioso.

Saludó brevemente y dijo a Anita:

—Entendámonos, señorita... Soy casado... Tengo una esposa excelente... y quiero seguir



—¡No quiero nada con una muchacha que acepta dinero de los hombres!

siendo un buen marido... Estoy dispuesto a pagar el precio de mi falta. ¿Está usted dispuesta a olvidar que existo, por dos mil dólares?

En aquel instante llamaron al teléfono a Anita. Esta se puso al aparato.

—¡Soy yo, Oscar!—dijo una voz—. ¡Cuidado con el dinero que quiere darle Horacio!... Ese dinero está marcado... Pero acéptelo y yo simularé un arresto... si está dispuesta a partir el dinero conmigo.

—¡Bien! ¡Conforme!

Anita aceptó y recibió de manos de Horacio el dinero. Luego ella entregó el dinero a Mary.

Apareció en quel momento Oscar.

Simulando perfectamente una actitud furiosa, dijo:

—¡Ah, conque estafa tenemos! ¡El hotel está lleno de representantes de la ley!

Mary escapó con los billetes, y Oscar la siguió por el corredor.

Se estaban repartiendo mutuamente el dinero, cuando apareció Felicia, quien gritó, mirando a Oscar:

—¿Cómo? ¿Otra vez aceptando dinero de las mujeres?

Y quitándole de un manotazo los billetes, los entregó todos a Mary.

Oscar protestó, furioso:

—¿Qué haces, desgraciada?— rugió—. Ese dinero es mío. Mejor dicho, es de Horacio, que está aquí y...

—¿Horacio aquí?—gritó Felicia.

Entró en una habitación. Por fortuna, Anita

había escapado por una puerta oculta, momentos antes, y Horacio, temiendo que le descubriera su mujer, corrió a ocultarse en el balcón.

Estaba nevando y hacia un frío horrible.

Felicia le vió pronto en aquel escondite, pero se armó de paciencia y allí le tuvo más de media hora, sin decirle nada.

Cuando consideró que ya estaba bastante castigado, amenazándole con un revólver, le obligó a salir.

Horacio se presentó ante su mujer.

—¡Infame!—le gritó ella—. Durante veinticinco años he sido una esposa fiel. ¡Y ahora te sorprendo aquí! ¿Qué tienes que decir?

—¡Felicia, te amo!—dijo él verdaderamente arrepentido.

—¡Miserable! ¡Derrochando el dinero que te ayudé a ahorrar... Derrochándolo en regalos para las coristas... ¡Contesta!

—¡Felicia, te amo!

—¿Qué hacías ahí?

—Trataban de estafarme dos mil dólares... pero Oscar tiene el dinero.

—¡Cielo bendito! ¡Y yo que le di el dinero a Mary!—gritó.

Y ambos salieron hacia el pasillo, y en uno de ellos encontraron luchando aún a Oscar y a Mary por la posesión de los billetes.

También Anita luchaba en favor de su amiga; pero la intervención de Horacio y su mu-

jer volvió las cosas en su punto, y el dinero retornó a su legítimo propietario.

Y Felicia acabó perdonando la cana al aire de su marido... Y no fué esto lo único... sino que Oscar y Mary acabaron por reír de su disputa y hacerse tan amigos, que ya hablaron de próximas bodas... y en cuanto a Anita, no queriendo tener más protectores, fué a ver a Tom para pedirle perdón... cosa que alcanzó tras mucho suplicar.

Y el epílogo fué la dicha para todos. Horacio se juró nunca más intervenir en protecciones ni en camisas de once varas.

En cuanto a Oscar, el amor de Mary le convirtió en otro hombre.

Y así vivieron todos.

FIN

Gran éxito en las

EDICIONES ESPECIALES

DB

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

MOULIN ROUGE

B.